
Cómo puede ser pecado la envidia siendo algo que es tan natural?”, preguntaba uno a su terapeuta. La envidia es un tema succulento que podemos intentar desglosar un poco. Analicemos alguno de sus aspectos. Primero, el éxito provoca envidia. Segundo, cada uno, según su criterio, elogiará o rechazará a quienes sean o no de su cuerda. No todas las personas con audiencia son dignas de respeto. Y, tercero, lo digital aumenta la notoriedad y hace muy notable la envidia.

Un ejemplo: los influencers son alabados, ignorados o despreciados. Para gustos, colores. Los seguidores acostumbran a generar éxito, pero tiene un precio. Lo digital propicia la envidia, que a veces se convierte en odio. Otro ejemplo: influencers fueron Goebbels y la madre Teresa de Calcuta, y solo uno de los dos es admirable y respetable, salvo para mentes patológicamente enfermas.

Como dice Gregorio Luri: “Hay que defender el pensamiento riguroso y no tanto el pen-

Envidia

Jordi Nadal



samiento crítico”. Si intentamos ser rigurosos, tenemos más instrumentos para entender contextos, ya que, por lo habitual, criticar no es comprender.

Lancemos una propuesta: una buena medi-

da de salud física, mental y social es no envidiar a quien no se pueden ni respetar ni admirar.

Hay escritores a los que admiro, aunque algunos, como personas, no fuesen respetables. Louis-Ferdinand Céline, cuyo *Viaje al fin de la noche* es sensacional, como persona fue despreciable.

Cuando un editor con el que compito edita un libro bueno, no siento envidia, sino gratitud y respeto porque ese magnífico título llega a los lectores. La ausencia de monopolios crea ecosistemas más sanos. Seamos generosos y celebremos las cosas buenas: un buen café bien servido; una mesa bien puesta; una conversación honesta; un buen maestro; un paisaje conservado; una tecnología humana y útil; un diseño sin vanidad (¿por qué hay tantos grifos indescifrables?); un buen médico, respetado y cercano. Aplaudamos aquello que es positivo y alejémonos de todo lo que nos empequeñece. No permitamos que la envidia nos condene a ser una versión inferior de nosotros mismos.●